

**NOTA EDITORIAL**

**DISCURSO**

**del profesor Edmundo Rico en el paraninfo de la Universidad de Antioquia, en el homenaje tributado al ilustre médico antioqueño, doctor Braulio Mejía.**

Señor Profesor Braulio Mejía:

Va apenas para tres meses que la ciudad de Sogamoso —en agradecido gesto de envolvente caballerosidad— celebraba las bodas de oro profesionales de mi nobilísimo padre, el doctor Abel de J. Rico. Algun tiempo antes, esta acogedora Medellín (cara a mis afectos y a mi gratitud) rendía igual tributo al noble patrício —todo gallardía y todo ecuación nerviosa— que es el profesor Nicanor González Uribe. Y, ahora, la capital de Antioquia, en espontáneo ademán de señorío —al cual se asocia la República— descúbrese reverente y a la vez ufana, ante los cincuenta años de vida científica del muy preclaro, del muy erudito y del muy señor Braulio Mejía.

Si evoco estos tres nombres de médicos y si subrayo la áurea coronación de diez lustros en estas tres vidas paralelamente longevas, consagradas durante tan vasto lapso, en cuerpo y en alma a montar guardia ante el dolor humano, es porque las tres son desde los claustros desaparecidos

de la Santa Inés de Bogotá, a más de síntesis estructurada de la amistad perfecta, cordial purísimo de virtud tras de cuya visibilidad meridiana nos reconciliamos con las miserias de aquí abajo ya que, siquiera sea al solo contacto de sus méritos venerables, sentimos que en la existencia a veces hay calor espiritual, donosura y pureza.

Tan cierto es aquel adagio teutón de que la morfología del rostro es la tarjeta de visita para sondear los repliegues intrínsecos del hombre, que hasta contemplar apenas físicamente al profesor Braulio Mejía, para medir cuánta es la cantidad y, sobre todo, cuál la calidad de su alma. En esa frente despejada de todo prejuicio, impera la serenidad: la serenidad de una vida serena en el hogar; serena en el ejercicio cotidiano de la bréga clínica; serena en el pasado, serena en el presente y, ultra serena en el porvenir.

En esos ojos tuyos, remansos de paz, familiarizados con todas las visiones —así terrenas como divinas— asoma suavemente la maravillosa elegancia de su mundo interior. En sus ademanes o gestos —natural y espontáneamente mesurados— se trasciende la exquisita nitidez del hombre de mundo repujada por finos quilates de artista. En su conversación cordial y discreta, elocuente y refinada, rutilante de ciencia, de ecuanimidad y humanismo, surge, tensamente, la solidez del pensamiento, el brillo novedoso de la inteligencia, la rectitud en la opinión, la ponderada magnanimidad en el consejo y, notoriamente, el filón diamantino del juicio o raciocinio, la más lujosa y excepcional de las aptitudes mentales. Y hasta en la pulcritud impecable como lleva sus trajes este varón espartano, reflejase la cristalina profundidad de su psiquis, la tersa transparencia del rimar melodioso de tan engolada vida.

¿Verdad, señores médicos, que tenía razón cuando afirmaba que el análisis meramente físico del señor profesor Braulio Mejía, era el más seguro de los hilos conductores para saber cuánta era la majeza de su temperamento? Y es que este hijodalgo que honra a Colombia y que es orgullo de nuestro cuerpo médico, tiene tan múltiples pero tan agudas fascetas en su ilustre personalidad que de haber nacido en España, unas, las hubiese captado el Greco; otras, Surbarán, las más Velásquez. En Italia, habría sido un puritano señor del Renacimiento; en Inglaterra, un gentleman y, en Lutecia, un destacado profesor del Colegio de Francia.

Para fortuna nuesta, Braulio Mejía nació en Colombia. Y esta república que de veras sabe estimarlo porque lo considera presea nacional, ce-

lebra con respeto y orgullo las bodas de oro de su inmaculada trayectoria médica. Si la Cruz de Boyacá que el Excelentísimo Presidente Santos dejará en su pecho, lo enaltece aún más, igualmente es cierto que Braulio Mejía enaltece a la Cruz de Boyacá.

\* \* \*

Deliberadamente omito, señor doctor Mejía, ponderar vuestra ciencia: ella es tan dilatada, tan prodigiosamente sólida, tan estupendamente reconocida que trocaríase casi en lugar común repetir un axioma. Empero, si no trato de vuestra ciencia, en cambio, he de hablar sobre vuestra conciencia.

Alguien ha dicho —y a fe con escalofriante precisión— que, “ciencia sin conciencia es la ruina del alma”. En estas épocas contemporáneas, de turbia perspectiva floculante, en que el instinto de destrucción prima sobre el de conservación, la frase que acabó de citar cobra febrilidad trágica. Porque si bien es cierto que la medicina (y, particularmente su rama quirúrgica) progresan de modo soberbio en el siglo que corre, tampoco es menos cierto que la descomposición vital, que la mercantilización de su ejercicio, para decirlo de una vez, llegan a vértices deplorables. Hoy por hoy, en todas partes del mundo, pulula un alud de profesionales que, si bien expertos en el saber, ven únicamente en la medicina el medio y el fin para la idoneidad estrepitosa y espectacular del lucro por el lucro: las apendicectomías comerciales, v. y g., cuyas cuentas corrientes se registran con nombres y apellidos de cobrador y pagador en las páginas sociales de la prensa, alcanzan ya fecundidad desesperante. Los procedimientos secretos, exhibidos bajo la penumbra estética de ciertos consultorios puestos al servicio voluble de Nuestra Señora la Moda, nada importa que traigan luégo perturbaciones orgánicas o mentales, si el resultado inmediato rebota en la escarcela del docto especialista, especializado en finanzas.

Y, ¿qué díeir de aquellas supresiones violentas —practicadas al concurso de pompas asépticas y antisépticas— en ciertas glándulas femeninas vasculares sanguíneas, en seres plenos de juventud, a quienes se arrancan de cuajo los atributos fisiológicos de la especie?

Ahí tenéis, señores, la ciencia sin conciencia, la ruina del alma. En cambio, cómo tonifica la mente y cómo conforta el corazón cuando quiera que topamos con la ciencia en íntima, en indisoluble simbiosis con la conciencia, es decir cuando nos hallamos con el profesor Braulio Mejía.

¡La conciencia! Hé aquí, señor profesor la más bella de vuestras aristas caracteriológicas. Porque el cetro de la moral, porque el Caduceo de la Deontología Médica, lo lleva en Colombia Braulio Mejía.

Cada vez que tengo el privilegio de hablar con este varón ilustre, añoro la silueta de aquel médico de familia cuyas virtudes adivinara magistralmente Balzac, porque recibo la impresión de que forma parte integrante así del alma como del cuerpo de los hogares en que actúa.

Decidme, señores: ¿Braulio Mejía no es el arquetipo humano del médico de familia? Ajeno al lucro y atento únicamente a los deberes y derechos de su apostolado, el médico de familia, al par que dignifica, que eleva sus cimientos anímicos, depura su empirismo en el trajín de todos los días hasta convertirse en el más avezado y práctico de los clínicos.

El contacto repetido con los seres y las cosas de un mismo hogar, trenza, en él, mallas indestructibles, reflejos condicionados de afectividad comprensiva y comprendida; capta, como nadie, lo mismo las taras ancestrales que las lacras del instinto en sus pacientes; avisora el porvenir orgánico de unos y de otros; prevé éstas o aquellas consecuencias mediatas o inmediatas y, en cuanto de sí dependa, evita las unas, amortigua las otras, disfraza, sutilmente, las más.... En una palabra, es el centinela insomne de quien o de quienes en él depositaran su fe y su confianza.

¿Acaso, no estoy trazando algo así como la radiografía psicológica del profesor Braulio Mejía? Es tal el etismo que irradia de este médico, es tan portentoso su haber social que, francamente, cuando se está cerca de él, experimentase la sensación de que el aire se clarifica y de que la ciencia con conciencia únicamente es privilegio de elegidos. La personalidad de Braulio Mejía orea de higiene diáfana la atmósfera médica e imperiosamente hace tender los ojos hacia la azulada perplejidad del horizonte.

\* \* \*

Señor doctor Mejía:

La Universidad Nacional, la Facultad de Medicina de Bogotá y, muy particularmente, su dinámico y atrayente Decano, el profesor Jorge E. Cañelier, hubieron de designarme, en misión especial, para que en su nombre viniera a traernos, desde la capital de la República hasta la de Antioquia, junto con el abrazo fraternal, la admiración unánime que os profesa el cuerpo médico capitalino.

¿Qué mejor oportunidad si no ésta, señores médicos, para consolidar de una vez por todas y para siempre, en torno al profesor Braulio Mejía —insuperable núcleo ético de nuestra profesión y abanderado insustituible del decoro médico— los lazos de unión, de comprensión y de patriotismo científicos que afortunadamente simbolizan nuestro lema y escudo?

Hoy, cuando el ejercicio profesional empieza a sentir el hálito pegajoso de no pocas seudo-notabilidades extranjeras cuya urdimbre histológica encuentra mordiente propicio en el doloroso complejo de inferioridad que aqueja a buena porción de nuestra raza, los médicos colombianos hemos de aprovechar estas gloriosas bodas de oro profesionales de Braulio Mejía, para luchar con mayor tenacidad y brío por el coeficiente científico de este suelo bondadoso que ayer fué nuestra cuna y que mañana será nuestra esperanza.

Anhela el profesor Decano Cavelier —con motivo de esta fausta fecha— que el intercambio entre profesores de las Facultades de Bogotá y Medellín sea más asiduo, a fin de que se estimule la noble rivalidad científica cuya meta ha de redundar en pro de la estructuración clínico-quirúrgica de las futuras generaciones médicas.

Como véis, señor profesor Mejía, vos sois la piedra angular, el traidor de la unión en quien tiene puesta su vista todo el cuerpo médico del país. Es deber nuestro acatar vuestras sabias insinuaciones e imitar —siquiera sea en el gesto gallardo— el ejemplo de vuestra munificencia interior.

Felicito con el venero emocional de que es capaz mi sensibilidad, algo quebrantada por los vaivenes del Destino, a la prestante Antioquia que os cuenta por hijo; y, de manera particular, a los profesores, médicos y universitarios de la Facultad de Medellín a quienes cupo en timbre, teneros por Maestro, por compañero y por eximio guía.

Con fervor admirativo me inclino ante la compañera de vuestra existencia, ante el apoyo cariñoso de esta vida de todos los días pero que, en tratándose de vos, señor, sabe hacerla eternamente grata como que vuestras dos almas son gemelas en la práctica infinitamente fecunda de las virtudes teologales.

Señor profesor Braulio Mejía: para mí —a más de honor inesperado— ha sido suerte felicísima el dirigiros en esta noche la palabra.

Si algún mérito reclamo por hallarme aquí, es el de ser hijo de un amigo, de un condiscípulo y de un crónico admirador vuestro. Mi padre,

el doctor Abel de J. Rico, os envía sus felicitaciones y os estrecha la mano, el que puede estrechárosla porque entre la vuestra y la suya existe aquel espíritu de finesse pascaliano, esa especie de tacto espiritual, patrimonio precioso de contados hombres.

